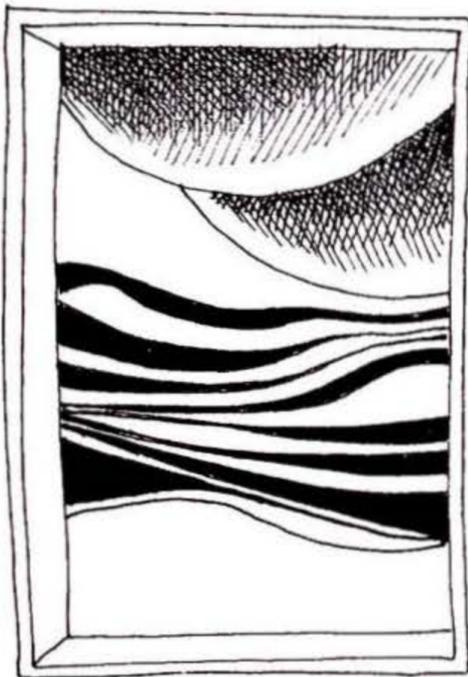


mento ilustrado, se pueden apreciar también unas quinientas fotos de diferentes objetos, como adornos, instrumentos musicales, ollas, vasijas, cerámicas, amuletos, petroglifos y una gran muestra de casas y malocas. El autor aparece en cinco tomas con indígenas. De animales y especies vegetales, sólo encontramos siete fotos de mariposas, detalle que de nuevo nos pone de manifiesto el carácter de antropólogo social del viajero. Pero esta noticia gráfica sobre la vida de los indios en el Amazonas no se agota ahí: se publican también más de trescientos dibujos de ollas y vasijas, malocas con sus planos, diseños de grabados, muebles, banquillos, trampas para cazar, pinturas faciales y corporales, instrumentos musicales, flautas, matracas, tambores de guerra, representaciones de fiestas y rituales, flechas y cerbatanas, implementos de cocina, un telar, hamacas, bastones con pinturas, motivos de bordados y figuras en mantas y vestidos; aparecen hasta dibujos de constelaciones trazados sobre la playa arenosa de algún río selvático.



Se reitera que este inventario gráfico se presenta al lector como una muestra del valor que puede tener la obra en el campo del estudio histórico y antropológico de los indios en el Amazonas, aparte del interés que puede despertar en cualquier observador medianamente inquieto. Pero es con más auto-

ridad y criterio que las introducciones del libro, preparadas por los profesores Otto Zerries y Gerardo Reichel-Dolmatoff, analizan y explican con propiedad los planteamientos científicos de la obra, destacando la importancia que reviste para el campo del conocimiento.

Teniendo claro el valor fundamental de esta publicación, es importante no perder de vista que esta versión se presentó como una descripción popular de viajes. Como tal puede decirse, sin incurrir en error, que *Dos años entre los indios* pertenece a la literatura de viajes científicos de extranjeros por Colombia. No es posible en este breve espacio del Boletín registrar a todos los científicos extranjeros que dejaron memorias escritas sobre su viaje, o sus viajes, por Colombia. De la bibliografía conocida, que es abundante, tomamos tres ejemplos de autores célebres y una de sus obras para ubicarnos literariamente en esta clase de libros: el barón alemán Alexander von Humboldt², el geógrafo italiano Agustín Codazzi³ y un francés, menos conocido pero también pertinente en nuestra aproximación, Jean-Baptiste Boussingault⁴. Ellos, así como Theodor Koch-Grünberg, dejaron memorias de un viaje en el que se sigue un itinerario definido del que se registran situaciones anecdóticas, se describen paisajes, lugares, ciudades, pueblos, caseríos, integrándose al relato elementos de orden cultural, económico, histórico, geográfico y, para este caso, información de orden científico entregada de una manera entendible para el lector del medio común. De todas estas características participan los libros de los viajeros científicos; los escritos por extranjeros tienen, además, la particularidad de describir un mundo exótico para un público que, seguramente, imagina con interés la posibilidad de encontrar pueblos en la inmensidad de un mundo selvático y fantástico. En su "descripción popular de viajes", Koch-Grünberg reveló esos encantos exóticos del Amazonas, acercándose con ojos de amigo al objeto de sus estudios para dejar, hace casi un

siglo, un valioso aporte para nuestro conocimiento antropológico y nuestra literatura de viajes, asuntos que bien vale la pena conocer para descubrir.

HERNÁN ADOLFO GALÁN
CASANOVA

1. El título de la primera edición alemana, fechada en 1909, es *Zwei Jahre unter den Indianern. Reisen in Nordwest Brasilien (1903-1905)*, que en español reza: *Dos años entre los indios. Viajes por el noroeste brasileño (1903-1905)*.
2. Alexander von Humboldt, *Viage a las regiones equinociales del Nuevo Continente hecho en 1799 hasta 1804* (cinco volúmenes), París, Ed. Rosa, 1826.
3. Agustín Codazzi, *Jeografía física i política de las provincias de la Nueva Granada* (cuatro volúmenes), Bogotá, Imprenta del Estado, 1856.
4. Jean-Baptiste Boussingault, *Viajes científicos a los Andes ecuatoriales o Colección de memorias sobre física, química e historia natural de la Nueva Granada, Ecuador y Venezuela presentadas a la Academia de Ciencias de Francia*, París, Ed. Lasserre, 1849, 322 págs.

Independencia grita el pueblo americano

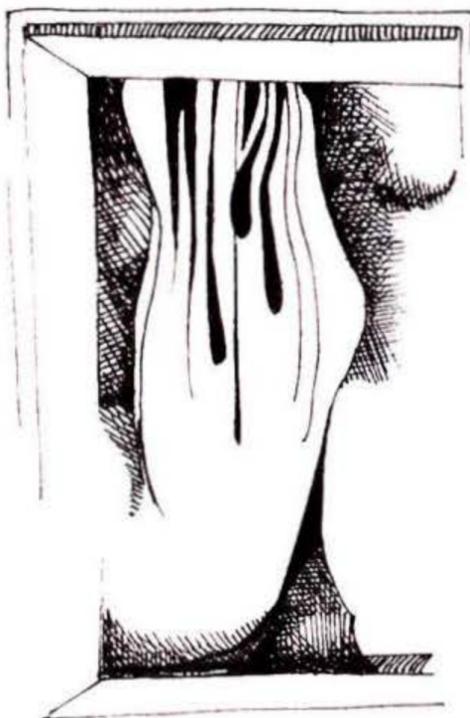
Independence and Revolution in Spanish America: Perspectives and Problems

Anthony McFarlane
y Eduardo Posada Carbó (editores)
Instituto de Estudios
Latinoamericanos, Londres, 1999,
192 págs.

Esta publicación es el resultado del tercer seminario anual realizado en 1996 por el Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Londres y la Escuela de Estudios Americanos Comparados de la Universidad de Warwick. Los ocho capítulos que contiene el libro están organizados en dos partes: la primera, sobre la historiografía y las interpretaciones de los movimientos de independencia en Latinoamérica, y la segunda, con cinco capítulos acerca de conflictos, ciudadanía, cultura y nacionalismo, en las que se traba-

ja sobre la especificidad de dichas problemáticas para algunos países latinoamericanos.

En los textos se actualiza la discusión internacional sobre los procesos de independencia latinoamericana, planteándose lineamientos teóricos, balances historiográficos y nuevas perspectivas de los estudios sobre la cultura política a partir de los conflictos de los procesos de formación de las naciones y la ciudadanía. El libro, que constituye en su totalidad la memoria de este importante seminario sobre el siglo XIX latinoamericano, se convierte en un sugerente texto para los estudios comparados, tan necesarios en la historiografía colombiana, particularmente sobre el período de la Independencia.



En la introducción, el historiador Anthony McFarlane plantea que durante los años comprendidos entre 1774 y 1825 el mapa político de América se reconfiguró, debido, en parte, a la temprana revolución e independencia de los Estados Unidos de Norteamérica, que disparó un ánimo democrático y profundos cambios sin precedentes en el mundo, no sólo en las colonias del resto de América, y por su influencia para el espíritu de la Revolución Francesa.

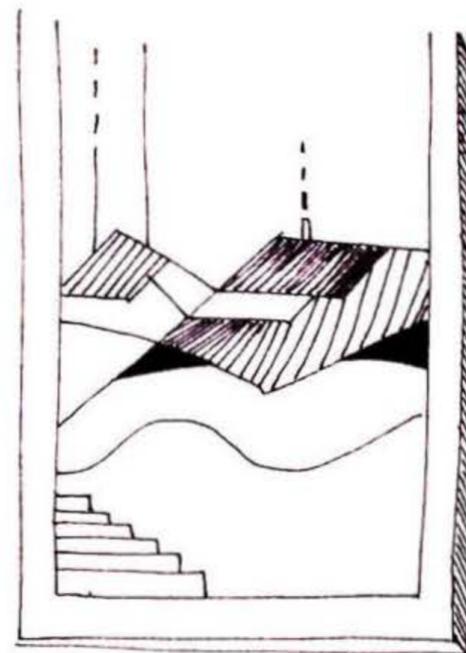
McFarlane señala que esta cadena de estremecimientos políticos continúan llamando la atención de los historiadores, tanto en lo relacio-

nado con la conformación de los Estados Unidos como la primera república del nuevo mundo, con su temprano y efectivo sentido de unión, como en lo relacionado con las repúblicas latinoamericanas, con su continuo carácter divisorio y de confrontación civil interno. Algunos han visto en el nuevo mundo de esta época un prototipo de los Estados-naciones que subsecuentemente se convirtieron en el modelo seguido por Europa y por naciones de otros continentes.

Teniendo como escenario los procesos de Independencia, hoy se plantean temas de discusión y análisis muy complejos, entre ellos: el colapso del imperio español en América trajo como resultado la aparición de una nueva estructura política, pero también supuso la transición de un sentido de unidad a otro de diversidades y fragmentaciones internas muy agudas. Contrario a lo acontecido en Estados Unidos, Latinoamérica se fragmentó en múltiples Estados, su economía se estancó y decayó durante decenios y las guerras civiles no permitieron el desarrollo de políticas estables con miras al futuro. Esta compleja historia latinoamericana ha generado fragmentaciones, destinos separados, mitos e historias diferenciadas, algunas de las cuales se abordan en los capítulos que a continuación se reseñan.

En el primer capítulo, John Lynch hace un análisis de la reciente historiografía sobre los procesos de independencia en la América hispana, producidos entre 1985 y 1995, en países como Estados Unidos, Francia, Inglaterra, España y de Latinoamérica. Sugiere que los historiadores tienen ahora un diferente acercamiento a ellos, pues constituyen una era de transición sin antecedentes y no un evento autónomo corriente. Si bien en el marco de sus aspectos generales el fenómeno continúa prácticamente invariable (las explicaciones, los actores y los hechos son los mismos), en el último decenio se han logrado avances significativos en la interpretación de los fenómenos de la prerrevolución, los movimientos

sociales y el incipiente nacionalismo, a pesar de que no han surgido nuevas teorías ni hallazgos historiográficos rotundos. Otros asuntos, como la demografía, la religión y la ideología, han sido abordados en menor extensión, pero al menos las investigaciones ya han sido iniciadas.



El capítulo se constituye en una extensa revisión de la historiografía de los últimos años, relacionada con la independencia de la América española. Dada la gran cantidad de investigaciones, la abundancia de hechos y la multiplicidad de movimientos independentistas, la reseña ha sido dividida por bloques temáticos. Los autores y los temas de sus discusiones apenas alcanzan a ser señalados brevemente, por lo que más que una reseña en profundidad, lo es en extensión, siendo muy valiosa la bibliografía anotada.

Los bloques temáticos abordados corresponden a los siguientes títulos: concepto y contexto; los orígenes de la Independencia; la Independencia: economía y sociedad; la Independencia como movimiento político; la Iglesia y la Independencia; las ideas políticas de la Independencia; la Identidad nacional y las relaciones internacionales. Cada uno de ellos posee, en sus primeros renglones, una breve explicación que sitúa al lector en el contexto.

En el segundo capítulo, François Javier Guerra trabaja las lógicas de la Independencia desde su unidad y

diversidad, analizando la pertinencia de las nociones de "emancipación nacional" y "descolonización" para explicar la conformación de los Estados y los procesos de configuración nacional en Hispanoamérica. Sugiere que, en la época de que se trata, el problema no era como, se ha pensado a veces, el de nacionalidades diferentes que se constituyen en Estados, sino más bien cómo construir "naciones", separadas a partir de una "nacionalidad" hispánica común. Prueba de ello es que las "naciones" actuales rara vez corresponden a las que surgieron en la época misma de la Independencia.

Desde la crítica a las "historias patrias", Guerra muestra cómo se apegaron demasiado al modelo nacional de la Europa del siglo XIX, para hacer de la Independencia el resultado de naciones preexistentes; cuando se trata de entender "por el contrario, que el Estado no es el punto de llegada de la nación sino un punto de partida para su creación: la Independencia precede tanto al nacionalismo, como a la nación" (pág. 47). Para el análisis, Guerra propone tres dimensiones, primero la semántica política de la "Independencia", pues debemos remitirnos al significado histórico de su momento, y entender que, aun en los primeros momentos de ella, los americanos consideraban que no dependían de un país, sino del monarca español, a la vez rey de un imperio. La violenta ruptura del vínculo político tiene relación con la feroz negativa de los americanos a aceptarse como "colonias" dependientes de la metrópoli, estatuto que los peninsulares atribuyeron a las Indias a mediados del siglo XVIII. Asociada a la ruptura del vínculo político y a la fragmentación interna de América, la segunda dimensión se refiere a la Independencia como una revolución que efectivamente trajo radicales y profundos cambios para todos los actores políticos, a pesar de las continuidades de la época colonial con la republicana y de las acepciones posteriores que le restan fuerza a la palabra como transformación radical de las estructuras sociales y eco-

nómicas. La tercera dimensión supone que de la vasta conmoción del proceso emergen nuevos actores sociales y políticos, cuyas actuaciones no fueron unánimes. A pesar de las diversidades que conciben estos factores, las Independencias, según Guerra, son "una realidad histórica" cuya unicidad no se reduce a su construcción conceptual y que se visualiza: en su punto de partida (la invasión de España por Napoleón), en que sus lógicas y ritmos son los mismos en las distintas regiones a pesar de su diversidad social, y a que la imbricación de los distintos fenómenos políticos, culturales y militares en las regiones se debe básicamente a lógicas globales.

Finalmente, Guerra también se ocupa de las fases de la Independencia, para reconocer que, a pesar del caos del momento, sus protagonistas las trazaron con clarividencia. Clarividencia que no será tan efectiva frente al problema resultante de la ruptura con España, la conformación de la nación, cuyos basamentos, tradicionales o modernos, estaban sujetos a procesos cuyos desarrollos corresponden al siglo XIX.

La historia comparada también se ocupa de contrastar los procesos de Independencia entre América del Norte y América del Sur, como se expone en el tercer capítulo, escrito por David Bushnell, quien señala que, si bien los dos casos han sido considerados como fenómenos separados, una comparación entre sus diferencias y similitudes permitirá ahondar en su comprensión.

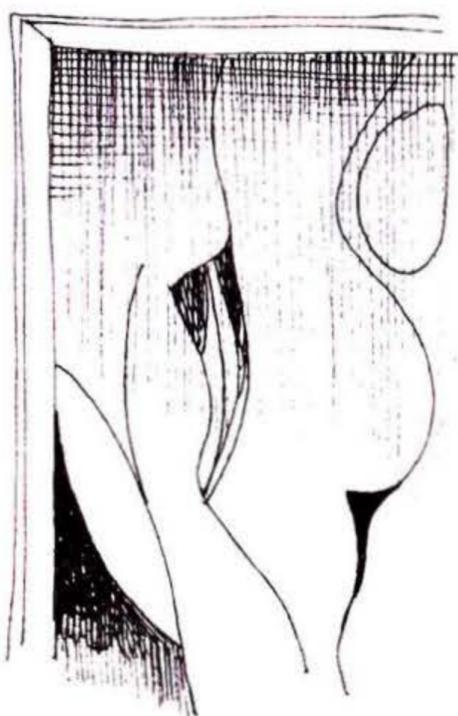
Como primer elemento de similitud entre las dos Américas antes de la Independencia se señala el proceso de crecimiento social, económico y cultural que en grados variables creó un sentido de identidad regional claramente diferenciado del de la metrópoli. Un segundo elemento proviene de las influencias del Iluminismo, que en el caso angloamericano estuvo más relacionado con los conceptos lockianos de derechos individuales y gobierno limitado, mientras que en el caso latinoamericano la relación se remonta al enciclopedismo. Un elemento de

identificación proviene del asedio que por aquellos años, tanto en el norte como en el sur, padecieron las colonias por parte de los respectivos imperios y que se viera reflejado en un marcado interés en aumentar el control y los impuestos sobre las sociedades locales. Sin embargo, los conflictos y las sublevaciones populares en Hispanoamérica en reacción al mayor control no amenazaron la integridad del poder absolutista de la metrópoli, mientras que en la América británica tuvieron por consecuencia inmediata el movimiento de independencia. En el caso hispanoamericano ésta sólo fue posible decenios después de las movilizaciones populares, cuando colapsó el poder en la metrópoli.



Respecto a las diferencias, se señala la rapidez del proceso de independencia anglonorteamericano frente a la duración del latinoamericano. Mirando al interior de las sociedades, la primera se caracterizó por la presencia de tres grupos predominantes: en el norte, la crema de la crema de la oligarquía, los "torios" de orientación anglicana y convicciones conservadoras, que rivalizaban con una mayoría de mercaderes y profesionales, los "patriotas", en el sur, mientras que la población más representativa la constituían los hacendados y esclavistas, aunque algunos autores no menosprecian el papel de éstos últi-

mos. Estos grandes grupos conforman un panorama claramente dividido que logró agrupar con facilidad intereses comunes. Mientras que el contexto social latinoamericano es bastante más complicado, en cuanto que de región a región las diferencias sociales, políticas, económicas y raciales eran muy notables. Este hecho no permitió el surgimiento de un Estado único sino, al contrario, de múltiples Estados que poseyeron como rasgo común la liberación de una forma de poder colonialista que dio paso a una forma de poder oligárquico, en la que la condición del ciudadano promedio y bajo no varió sustancialmente, pues el paso de las castas al pueblo republicano no suprimió las viejas formas de dominación y segregación social coloniales.

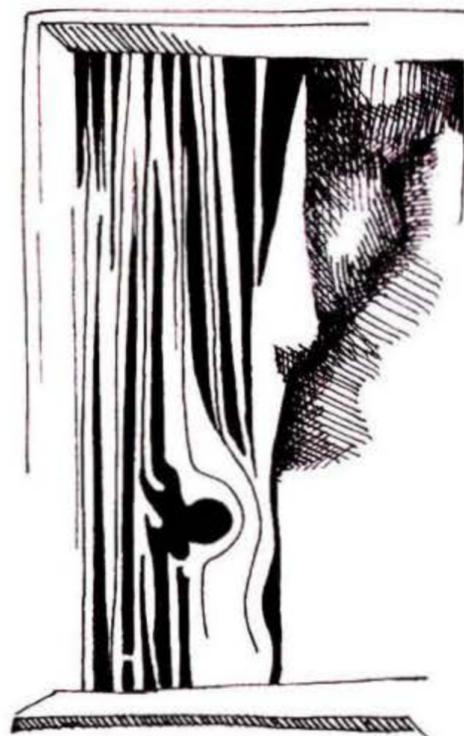


Otra diferencia se establece en el tipo de monarquía de cada una de las Américas, "republicanizada" en la británica, mientras que la hispana era absolutista, con una cultura política donde la corona y la Iglesia eran los basamentos sociales de un tipo de cultura al modo del *ancien régime*. En relación con esto se ha agitado un reciente debate, como lo dejan ver entre otros, el texto anterior de Guerra y Véronique Hebrard para el caso venezolano, pues se ha discutido el carácter revolucionario de los procesos de Independencia, ya que, al compararlos con la Revo-

lución Francesa o las modernas, han sido desestimados en su capacidad para cambiar las estructuras sociales monárquicas. Sobre el particular, el punto de vista de los historiadores está cambiando considerablemente, superándose los paradigmas eurocéntricos. Ahora se exaltan las profundas transformaciones de las antiguas estructuras monárquicas coloniales, con la adopción de modelos culturales políticos, de ideas y prácticas políticas como el individualismo, la representación y la soberanía popular que trajo consigo la Independencia. Así, la visión comparada entre las dos Américas ha permitido signar en una nueva perspectiva sus historias.

Correspondiente a la segunda parte del libro, en el capítulo cuarto Rebecca Earle analiza la participación popular en las guerras de Independencia en Nueva Granada, centrándose más específicamente en explorar las causas por las cuales España perdió el apoyo de los neogranadinos tras la reconquista comandada por el general Pablo Morillo. Para el análisis de este clásico tema de la historiografía colombiana, se señala que la autoridad imperial se encontraba en declive, pero no estaba perdida en su totalidad, como se lo ha mostrado tradicionalmente. Tras la aparición de la Primera República, en 1810, y hasta la reconquista española iniciada en 1815, la Nueva Granada se caracterizó por una serie de luchas internas y de divisiones conocidas como la Patria Boba, cuando la credibilidad de los habitantes en los gobernantes criollos fue decreciendo. Esta profunda crisis interna ha sido considerada como una de las causas por las cuales el ejército realista tuviera no sólo un fácil acceso a la capital, sino que fuera bienvenido como solución al desorden interno. Sin embargo, el ejército realista se desbordó en maltratos y abusos indiscriminados como represalia, no sólo en contra de los sectores subordinados sino también de criollos y españoles independentistas, generando una reacción en contra de la metrópoli.

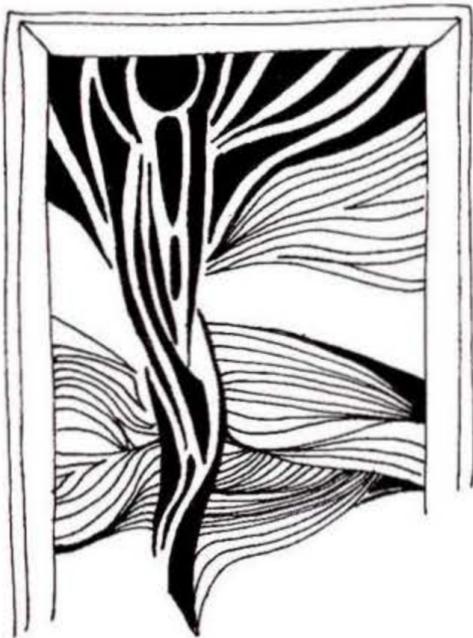
Así, al fracaso de las pretensiones de autonomía política de los criollos, se sumó el de España al querer ganar nuevamente para sí a sus súbditos en la Nueva Granada, pues, contradictoriamente, lo que logró con la violenta Reconquista fue profundizar el malestar contra ella y precipitar la ruptura.



Similar al caso colombiano, se desarrolló en la Argentina un período de gran inestabilidad política entre 1810 y 1827, debido a la caída del orden colonial y a los conflictos internos para reemplazarlo. El tema es estudiado por Klaus Gallo en el capítulo quinto, en el que se muestran los continuos enfrentamientos entre Buenos Aires, cuyas pretensiones eran imponer su poder a toda costa sobre las provincias, y la resistencia de éstas contra su poder centralista y militarista que desconocía las lógicas de organización local y regional del orden colonial.

No obstante, las posiciones unificadas de la elite de Buenos Aires por imponerse en el territorio del Río de la Plata no contaban con acuerdos que superaran sus fracturas internas y fueron fracasados sus intentos, entre 1814 y 1815, cuando se inicia la Reconquista española, por ponerse en manos del régimen británico o de un príncipe europeo que estabilizara el país.

El autor expone la manera como, entre 1810 y 1826, Rivadavia asumió de manera breve la presidencia. El primer período, de 1810 a 1814, se caracterizó por la formación de diferentes tipos de gobierno: la Junta Grande, los dos triunviratos, la asamblea del año XIII y la creación del directorio. El segundo se caracterizó por la sucesión de gobiernos del directorio entre 1814 y 1820, pero también incluye momentos importantes, como el Congreso de Tucumán de 1816 y la adopción de la Constitución de 1819, que llevó a un estado de anarquía en el que Buenos Aires cesó de ser la capital de las Provincias Unidas. El tercero, conocido como “los años de Rivadavia”, debido a la clara influencia de este prócer, incluyó el Congreso Constituyente de 1824, que culminó con la creación de la figura presidencial inicialmente asumida por Rivadavia en 1826.



Tanto estos años tumultuosos como la corta presidencia de Rivadavia, quien trató de mermar el poder militar sin lograrlo, y aun los años subsiguientes, tuvieron como característica común la persistente y temprana militarización de la política, que a la postre sería un importante ingrediente para la inestabilidad social y política. La influencia de las ideas radicales, fundamentalmente provenientes de Europa, ayudó a polarizar aún más el conflicto interno y, posteriormente, la actitud beligerante de los caudillos armados,

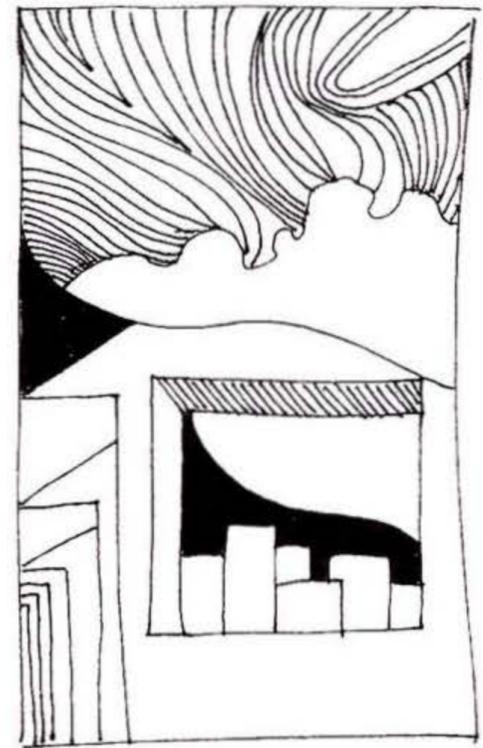
al tratar de hacer valer su poder frente al gobierno civil del centro.

Pero no siempre los conflictos y antagonismos se presentaron entre diversos grupos sociales y políticos, sino dentro de ellos, como lo muestra Véronique Hebrard para el caso venezolano. Allí, los procesos de Independencia enfrentaban a las elites coloniales a la construcción de un nuevo orden que iba en contra de sus tradicionales esquemas mentales y organizativos: la construcción de la ciudadanía y de la modernidad política. Esto suponía la transformación de las castas coloniales en “pueblo”, proceso que se presenta, como en otros casos, con el problema de la participación política en Venezuela, entre 1810 y 1830. La autora muestra las limitaciones reales de la participación política, explícita en los discursos de las elites al adoptar un “sistema popular representativo”, fundado en principios políticos modernos para una sociedad fuertemente heterogénea, organizada en castas, regida por privilegios y poco acostumbrada a prácticas de soberanía popular.

A partir del estudio de las disposiciones jurídicas y políticas se establece en el trabajo que las elites venezolanas, como era usual en la época, tenían una concepción utilitaria del derecho a la participación, por considerar el valor económico del individuo como criterio para su integración como ciudadano. El ejercicio del voto estuvo, pues, asociado con la capacidad y la independencia económica del individuo y también a la posibilidad de convertirse en soldado para la defensa de la nación. Por consiguiente, se excluía de la posibilidad de deliberar y votar sobre los asuntos públicos a quienes no tuvieran independencia económica y no gozaran de educación, lo cual implicaba el ejercicio ilustrado de la razón.

Los debates y las prácticas políticas sobre estos asuntos llevan a sugerir a Hebrard que los imaginarios de las elites no sólo se transformaban, sino que las contradicciones sociales y políticas de la época también se incubaban en su seno.

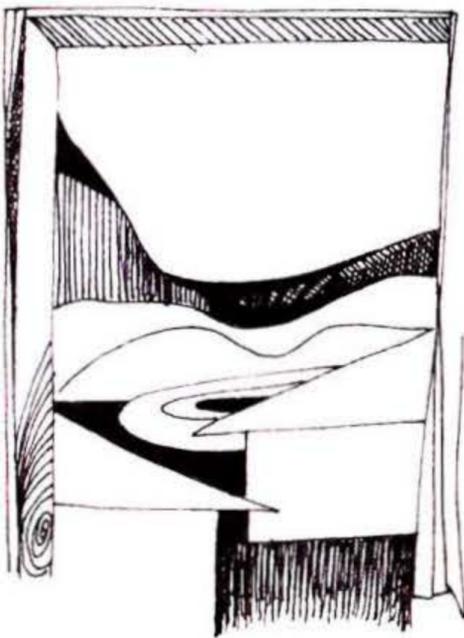
En relación con el problema anterior de la construcción de un nuevo orden social a partir de la Independencia, se desarrollan nuevos enfoques culturales, para comprender cómo estos procesos de construcción nacional en los países de América durante el siglo XIX no se debieron en su totalidad a las pautas e iniciativas organizativas del Estado. Desde esta perspectiva, Alfredo Jocelyn-Holt Letelier, estudia en el capítulo séptimo la conformación de la cultura chilena.



En el texto se replantea la versión de la historia tradicional, que adjudica exclusivamente al Estado, y a la sociedad tradicional que le sirve, la capacidad de construir una historia chilena de orden y autoridad. Para indagar qué otros actores sociales participaron activamente en la construcción de este “orden”, es necesario, según el autor, comenzar por la Independencia, pues ésta plantea claramente el dilema de la autoridad y la libertad. La propuesta que formula Jocelyn es “que efectivamente va a ir surgiendo una esfera político-cultural equidistante y autónoma tanto de la esfera estatal propiamente, tal como de la sociedad tradicional”, que será capaz de asumir la tarea de la construcción nacional (pág. 155). Para explicar el surgimiento de este ámbito social intermedio, independiente del Estado y de su autori-

dad para erigirse en portavoz de lo público y configurar lo político más allá de lo estatal, el autor propone los análisis de Jürgen Habermas sobre lo que éste denomina "publicidad burguesa" o de Norbert Elías y su concepto sobre el 'proceso civilizatorio'.

Finalmente, en el octavo capítulo, Timothy E. Anna aborda el caso mexicano, que logra dar vigencia nuevamente al problema regional en la construcción de la nación. Se parte de reconocer la actualidad de este país, pues, después de muchos años de dominación unipartidista, México se enfrenta en años recientes a un proceso de cambio radical en su estructura política y se da por descontado que también económica.



Ante la inminencia del paso de un período de estabilidad a otro de profunda inestabilidad presupuestada, algunos sectores han hecho una revisión histórica que pretende alertar sobre las nefastas implicaciones que tendría la probable autonomía de las regiones que se estima sobrevendrá. Anotan estos observadores que una situación semejante ya fue vivida por México en los años subsiguientes a la declaración de Independencia, un período en que las ideas federalistas lograron debilitar la estabilidad y el espíritu nacionalista característico de la sociedad mexicana.

El autor, sin embargo, se sitúa en una perspectiva totalmente opuesta a la anterior, y a partir de múltiples ejemplos históricos señala cómo el

argumento expresado corresponde a la visión particular y acomodada de una estrecha clase dominante, y que el federalismo en realidad fue el germen que logró dar vida a la nación mexicana en cuanto históricamente su territorio se ha caracterizado por la extrema diversidad de etnias, culturas y concepciones que forman la nación. La nación mexicana, argumenta Anna, debe su origen, solidez y orgullo al pacto logrado por las múltiples etnias y territorios que la conformaron, mientras que el centralismo y el nacionalismo, distinto de los núcleos de la nación, son su potencial enemigo.

De esta manera el autor pone al descubierto un "metadiscurso nacionalista" que hace de las regiones una leyenda negra, que adjudica a las localidades haber impedido la consolidación de la formación nacional, cuando éstas son su savia misma.

JUAN CARLOS JURADO

Protestas y protestas

**Rupturas y continuidades.
Poder y movimiento popular
en Colombia, 1968-1988**

Leopoldo Múnera Ruiz

Iepri, Universidad Nacional de Colombia, Cerec, Bogotá, 1998, 501 págs.

El de los movimientos sociales en Colombia es uno de esos temas continuamente citados en la literatura social de nuestro país, pero en la mayor parte de los casos no deja de ser una referencia retórica de acuerdo con las modas intelectuales en curso o dictada por las necesidades que ciertas ONG tienen de justificar el ingreso de dólares para sus "objetos de estudio", frecuentemente asociados con los supuestos o reales "nuevos movimientos sociales". En verdad, hasta ahora son escasas las investigaciones realmente serias sobre los movimientos sociales contemporáneos en nuestro medio, por

lo que puede considerarse que el libro de Leopoldo Múnera intenta llenar este vacío. El libro es el resultado de una investigación sistemática realizada durante varios años y presentada como tesis de doctorado en la Universidad de Lovaina.

En la primera parte del trabajo, el autor hace una prolija exposición teórica sobre los presupuestos básicos a partir de los cuales fundamentará su análisis del caso colombiano, apoyándose en los debates más recientes que se han adelantado en diversos lugares del mundo (principalmente en Europa occidental) sobre los movimientos sociales y la protesta popular. En esta parte el autor pasa revista, mostrando un gran conocimiento de la literatura especializada, a las diversas perspectivas teóricas a partir de las cuales se analizan los movimientos sociales, concentrándose en el análisis funcionalista de las conductas colectivas (Neil Smelser y William Kornhauser), el paradigma teórico de la movilización de recursos (Mancur Olson y Anthony Oberschall) y la sociología de la acción (Alain Touraine). Seguidamente pasa a precisar el caso de lo que denomina "el movimiento popular", al que caracteriza como "un tipo particular de movimiento social, generado por el proceso de articulación de acciones y actores, colectivos e individuales, pertenecientes a las clases populares o reunidos en función de ellas, dirigido a controlar y orientar uno o varios campos sociales en conflicto con las clases y los sectores dominantes, o con una parte de ellos" (pág. 65). Es interesante resaltar que, aunque el autor conoce y utiliza en su análisis aquellas teorías posmodernas o cercanas al posmodernismo (como la de Laclau y Mouffe), sin embargo no se deja doblegar por el peso de las modas, enfatizando la importancia —aunque él la matice— de nociones clásicas del análisis social, como la de clases sociales, a las que concibe como el elemento nuclear en su particular concepción del movimiento popular. Ahora bien: Múnera Ruiz reivindica la noción de pueblo como complementaria a la de clase social,